

Universidad Versus Biblioteca



M^a del Carmen Pérez Pais
Directora Biblioteca Universitaria de Vigo

Arturo Leyte Coello
Profesor Titular de Filosofía de la Universidad de Vigo



1 El peso de la historia

Cuando una universidad inaugura una biblioteca como si se tratase de un acontecimiento extraordinario años después de que la institución universitaria se encuentre ya funcionando, la alegría del evento debería ir acompañada de perplejidad porque, mientras tanto, nadie se ha preguntado cómo ha podido funcionar la universidad sin biblioteca. Esta situación constituye la ocasión para plantear una pregunta general de largo alcance sobre el sentido mismo de la universidad como institución dedicada a la formación de estudiantes y a la producción de investigación. En un sentido más concreto, la situación es relevante para cuestionar un tema específico e iniciar una reflexión, aunque sea de corte especulativo, acer-

ca de cuál es la relación que guarda la biblioteca con la universidad y en general cuál es el papel que representan o tienen que representar las bibliotecas en su seno, toda vez que este papel no se contempla de forma activa a la hora de entender y proyectar la universidad. Aun a fuerza de simplificar, la comunidad universitaria -más preocupada por la construcción de aularios y despachos para profesores- no ha asumido que la universidad no existe sin biblioteca y que ésta sí podría generar de muchos modos una universidad que todavía no tenemos. Resulta muy negativa la práctica docente que se desarrolla en aularios llamados universidades, sin contar con el estudio y la investigación que sólo una biblioteca puede generar y servir, y que no hace más que repetir desfiguradamente la enseñanza secundaria. Al evaluar el fracaso de la educación universitaria,

y eso después de los sucesivos cambios de los planes de estudio, ¿no es hora de buscar el origen de la mala formación en una mentalidad docente-discente que no es propiamente universitaria y que no lo es -seguro que además de por otros motivos- porque ha obviado el papel nuclear de la biblioteca? En estas condiciones, ¿podemos asegurar que tenemos auténticas universidades?

Ciertamente, la actual perversión de la formación universitaria, que impone una enseñanza pasiva, homogénea, rutinariamente enciclopédica o muy parcelada y desde luego contraria a la investigación, responde a un complejo número de factores (explosión y masificación universitaria, sistema de selección del profesorado, formación acelerada del mismo, dispersión de recursos...), pero tiene que ver directamente en nuestro país con dos cuestiones históricas: a) una tradición secular anti-ilustrada que negó la posibilidad de la difusión pública del conocimiento, cerrando así toda vía a la creación de una tupida red de "bibliotecas públicas", a diferencia de otros países que desarrollaron una mentalidad ilustrada y democratizadora; b) el prejuicio de una mentalidad "doméstica" que tiende a identificar, también perversamente, las bibliotecas con las "letras" relegando torpemente las ciencias a los laboratorios. Sólo una ceguera basada en esa tradición anti-ilustrada puede apartar de las bibliotecas a los científicos de la naturaleza y a los ingenieros, a la vez que enclaustrar a las humanidades en una defensa de la biblioteca como feudo y fortaleza donde sufrir bien protegidas su "inferioridad" y su pérdida de protagonismo en la actual organización del saber. Ni se salvan de este modo las humanidades ni desde luego las bibliotecas, que se acaban convirtiendo en un depósito de libros con que resultan identificadas por una gran parte de la población universitaria que nunca las ha utilizado seria y completamente, por más que hayan dedicado algunas horas a defenderlas nominalmente.

Hoy, con la implantación de las nuevas tecnologías y la eternamente anunciada -y por cierto nunca sobrevenida- muerte del libro, se encuentra en el contexto universitario y político una nueva excusa para dar la espalda a la biblioteca: si los libros son ya letra muerta y objetos del pasado, las bibliotecas son meros emblemas elegantes pero innecesarios de un prestigio también

pasado. En España, salvando honrosas excepciones, deberíamos más bien pensar que ni hemos tenido en el pasado ese prestigio ni tendremos un futuro universitario que vaya a traernos mágica y salvadoramente cualesquiera nuevas tecnologías. Estas contribuirán en todo caso a desarrollar, ampliar y mejorar, a aquellas sociedades que en su día apostaron por una red democrática de bibliotecas públicas y desde luego por bibliotecas universitarias que fueran eje y centro de la diversidad de estudios encomendados a una universidad.

De lo que venimos diciendo se puede deducir un primer diagnóstico acerca de la relación problemática entre la biblioteca y la universidad: comenzará a ser normal la relación cuando la biblioteca no sea una institución extraordinaria ni un acontecimiento epigonal dentro de la universidad, sino el centro y el pasillo de los estudios. De hecho, esto sólo se conseguirá cuando se transforme esencialmente la universidad. Queremos decir, no cuando se construyan nuevos edificios -por lo demás necesarios- ni se urbanicen nuevos campus, sino cuando se modifique el modelo de enseñanza universitaria; si se quiere, la forma de enseñar, aprender y estudiar en la universidad. A su vez, el destino de tal transformación está dialécticamente ligado a una nueva concepción y orientación de las bibliotecas universitarias; en suma, a la génesis de una mentalidad que necesita de la participación y responsabilidad conjunta de bibliotecarios, profesores y estudiantes en la articulación y funcionamiento de la biblioteca como fundamento de la mencionada transformación, porque un nuevo modo de enseñar no se improvisa de un día para otro, máxime cuando no estamos soportados por una tradición histórica.

2 La mirada

¿Habremos de asumir los universitarios que tenemos una universidad anti-ilustrada? Lo que cualquier miembro de la comunidad universitaria negaría, constituye quizás, como venimos diciendo, un hecho histórico cuya resolución pasa por un esfuerzo que no tape el verdadero problema ni aplauda la creación de nuevas universidades sin que figure en sus proyectos central e inicialmente

te una biblioteca. Pero a estas alturas del diagnóstico quizás convenga formular qué es una biblioteca y sobre todo qué deben y pueden llegar a ser. ¿Por qué no acercarnos a naciones de nuestro entorno que apostaron históricamente por las bibliotecas como genuinos medios políticos de la formación, de la ilustración y por eso mismo de la democracia, del progreso y de la riqueza? No es ninguna coincidencia que los países cuyas sociedades más han desarrollado una mentalidad y unos hábitos democráticos sean también los que tengan una tradición bibliotecaria más antigua. Porque en realidad, han sido esas mismas bibliotecas públicas nacidas en Francia de la Revolución, y en Gran Bretaña y Estados Unidos gracias a la iniciativa de la sociedad avalada por la legislación política, las que han contribuido al desarrollo de la democracia, absolutamente solidario del desarrollo de las ciencias, las técnicas y en general, la cultura humanística, aprendidas no ya en el seno de una universidad, sino en las entrañas mismas de las magníficas bibliotecas públicas, con independencia de cualesquiera capillas ideológicas y partidistas. En resumen, un conocimiento que surgió de las posibilidades puestas por la sociedad al servicio de todos sus ciudadanos y no de unos pocos privilegiados. Resulta sorprendente desde nuestra carencia asistir al "espectáculo" que ofrece la "Biblioteca Pública de Nueva York" o su homónima de Chicago, por no citar a la "Biblioteca del Congreso de Washington". Ellas revelan el auge y no la decadencia del libro, y lo hacen desarrollando simultáneamente las nuevas tecnologías de la información y acceso al documento (CD-ROMs, Internet, correo electrónico, edición electrónica) en una suerte de complemento del que sólo salen beneficiados los usuarios, es decir, los ciudadanos... y los libros. Pero esas bibliotecas públicas son además de un lugar para "ir a leer", auténticos centros de convocatoria para un público que quiere participar del conocimiento abierta y libremente. En efecto, con objeto de mejorar sus instalaciones para atender la avalancha de usuarios y encarar el futuro, la celeberrima sede de la Biblioteca Pública de Nueva York en la Quinta Avenida ha cerrado parte de sus dependencias para acometer una importante remodelación en el plazo de dos años. Su reapertura coincidirá con la puesta en marcha del "Library Center to Foster Scholarship in Humanities", un centro de investigación fundado por la propia biblioteca y

dependiente de su dirección (New York Times, 30.07.1997). Así mismo, hace poco más de un año se ha inaugurado la "Science, Industry and Business Library" (SIBL), otro de los centros de la Biblioteca Pública de Nueva York, destinado en este caso como indica su denominación a las ciencias naturales, a las ciencias sociales y a las tecnologías, auténtico ejemplo a imitar en cuanto a concepción, organización, profesionalidad del personal y utilización por parte de un público heterogéneo dentro de la especialización de la biblioteca. El proyecto universal de la Biblioteca Pública de Nueva York, dedicada por igual a las humanidades como a las ciencias y las tecnologías, impulsa la perfecta integración de los fondos bibliográficos en todo tipo de soporte. Solidariamente hace una apuesta decidida para poner a disposición del público, de forma gratuita al igual que lo están los libros, una impresionante batería de ordenadores para consulta de bases de datos, edición electrónica, internet, etc.

Citar una vez más a las bibliotecas universitarias norteamericanas o alemanas resultaría ya redundante. Si los universitarios españoles todavía especulamos sobre el papel reservado a las bibliotecas, dichos ejemplos reflejan una concepción amplia y activa de la función de las mismas en la producción y difusión del conocimiento. La mirada a la tradición y a los procesos de innovación que acometen estos países debería ayudarnos a sustituir la estéril superchería de cómo los nuevos medios pueden desplazar al libro como fuente de conocimiento -a fin, todo hay que decirlo, de ahorrarnos 200 años de tradición y de paso enmascarar la falta de voluntad y hábito de estudios abiertos- por un planteamiento más fructífero que cabe formular en estos términos: ¿cómo puede ayudar el libro -y con él todos los nuevos medios- a la formación de los estudiantes y, desde luego, a los profesores?

3 La realidad

Se nos puede reprochar una visión excesivamente crítica, cuando no simplificada, del panorama de nuestras bibliotecas, que en todo caso estaría justificada a la hora de valorar las bibliotecas públicas -por su ausencia o sus carencias-, pero no en lo relativo a las bibliotecas universitarias,

que en estos momentos han multiplicado su presencia por los también multiplicados campus españoles. Es cierto que asistimos a una creación de bibliotecas universitarias que comienzan a vestir los campus con edificios muchas veces impactantes, desde luego costosos y de cuidada estética -todo ello irreprochable y necesario en "circunstancias normales"-, pero que despiertan la pregunta de si no presenciamos sólo una transformación física y no una transformación esencial de su funcionamiento y sobre todo de su uso, auténtica razón de ser de la biblioteca.

Es cierto también que el enorme esfuerzo de construcción -por más que se critique por insuficiente, por más que muchas de las voces críticas no hayan contribuido jamás ni lo vayan a hacer-, ha ido acompañado por la voluntad de dotarlas de nuevo mobiliario, de incrementar los puestos de lectura, de informatizar procesos y servicios, y de implantar las nuevas tecnologías de la información. Sin duda alguna en estos últimos años en España las bibliotecas han dado un gran paso; resultado en parte de la aplicación de la Ley de la Reforma Universitaria, de un cambio de sensibilidad a la hora de considerarlas, de un aumento de financiación, de una nueva mentalidad bibliotecaria, y también por la presión del número de estudiantes y de la admiración por las nuevas tecnologías. Esto es un hecho, pero con todo, subsisten dos gravísimas preguntas que arrastran otras tantas: la primera, ¿qué se hace en esas bibliotecas?; la segunda, ¿qué contienen, cuáles son verdaderamente sus fondos bibliográficos y en qué medida constituyen la condición para el cumplimiento del papel encomendado a las bibliotecas universitarias? Ambas preguntas guardan una relación y desde luego evidencian un gran defecto, en parte, ya aludido, que pone en cuestión la necesidad misma de esas costosísimas inversiones si se juzga por el único criterio posible, el de la utilización.

Avancemos una respuesta. En relación con la primera: ¿qué se hace? Del mismo modo que una sociedad no podría soportar la inversión en un sofisticado hospital dotado con las últimas tecnologías que tuviera como fin curar pequeñas heridas solucionables con medios domésticos, una biblioteca universitaria de última generación no puede servir como rutinaria sala de "estudio de apuntes", actividad ajena que perfectamente

podría realizarse en cualquier otro lugar. Es lamentable que el panorama generalizado que ofrecen las bibliotecas (públicas y universitarias) en España a los ojos de cualquier observador neutral -sin que en este sentido las autonomías hayan producido una positiva diversidad- sea el de enormes salas de estudio de apuntes (surgidos a su vez generalmente de una enseñanza esclerotizada, carente de riesgo y valor, y desde luego aburrida). Los así llamados "apuntes" constituyen la fuente de documentación casi exclusiva del estudio y la investigación universitaria, colapsando en muchos casos intentos por hacer de las bibliotecas lo que verdaderamente deberían ser: centros de información múltiple, de investigación libre -sin ataduras a cualquier tipo de "apunte dogmático"-, de documentación general; en suma, centros de formación y no de desfiguración de la ciencia y el conocimiento. Resulta inútil y frustrante discutir acerca de la creación u orientación de las "nuevas bibliotecas universitarias" sin que se haya desarrollado previa o paralelamente un foro de discusión y reflexión acerca de algo más original, por más que sea doloroso plantearlo a estas alturas: ¿cómo se estudia? Pero quizá dicha pregunta no se haya formulado porque exigiría una previa, harto incómoda para el estamento del profesorado y de los estudiantes: ¿cómo se enseña y se aprende?

Respecto a nuestra segunda pregunta: ¿qué contienen esas bibliotecas? Sin citar ningún ejemplo concreto, ante las muchas bibliotecas universitarias que hemos visitado, surge la pregunta de si ha valido la pena el esfuerzo de la inversión, es decir, si la rentabilidad social está garantizada. La duda resulta del panorama que se puede contemplar una vez traspasado el umbral de la edificación y entramos propiamente en la biblioteca, es decir, intentamos entrar en el conocimiento de sus fondos bibliográficos y de su utilización: sorprende en muchos casos la composición de las colecciones, tanto en lo relativo a su cantidad como a su calidad. Lo escueto de lo primero no se ve compensado con lo que podemos llamar una "selecta" colección. Dicho de un modo incómodo y abrupto, pero no menos cierto, resulta que en muchos casos simplemente "no hay libros". Entiéndase bien, libros cuya composición pueda responder a la realidad de lo que hablamos, la biblioteca, y no a una mera acumulación de volúmenes que difícilmente pueden ser llamados en

su conjunto "colección". La buena política de puertas abiertas, es decir, de libre acceso, verdadera conquista en muchos casos frente a los defensores de las bibliotecas cerradas, también ha evidenciado más la carencia. Ante la visión de los fondos cabe plantear una pregunta pocas veces formulada, pero auténtica piedra de toque que cuestiona la calidad de las colecciones. Una pregunta que seguramente puede levantar suspicacias, herir sensibilidades y, desde luego, denunciar prácticas casi corruptas: ¿quién compra? ¿para qué? A la vista de las colecciones se hace patente una desarticulación que denuncia directamente una falta de criterio: a) en la distribución del presupuesto; b) en la responsabilidad y coordinación en la adquisición de los fondos. Ambos aspectos conducen a lagunas increíbles en la formación de las colecciones y en general a una "discontinuidad" chocante. En realidad, en muchas ocasiones parece que los criterios que han regido la adquisición han obedecido no tanto al interés de la biblioteca de cara a la formación de una colección correcta en cada campo, cuanto a intereses concretos y personales que producen la impresión -confiemos que sea sólo un espejismo- de una auténtica vocación de apropiación patrimonial del presupuesto. La falta de dirección y orientación de la política de adquisiciones, que en muchos casos carece de una regulación fijada, conduce a una situación anómala, que abandona en muchas y diversas manos la responsabilidad de la compra, guiada así en múltiples casos por intereses y apetencias puramente particulares. Desgraciadamente aquí no se da el caso de una providencia o armonía universal a resultados de la cual la suma de todos esos intereses produzca una buena colección con visos de unidad, porque más bien el resultado que arroja hace muy inservible la biblioteca para ese posible público general. Pero a su vez ¿quién es ese público? Ese público estudiantil universitario, no ávido de libros, sino de una plaza (léase mesa y silla) a cualquier hora del día o de la noche, para devorar sus "apuntes", constituye la otra cara de la desolación, que apunta al por qué y para qué de las bibliotecas.

Cuando a propósito de los estudiantes, los grandes temas a resolver son la prolongación del horario, los días de apertura y el "silencio" o el "comportamiento", en suma, cuestiones administrativas o de disciplina, pueden quedar desterrados

como románticos los verdaderos temas implicados en la realidad de una biblioteca universitaria.

4 El futuro

Al terminar la etapa franquista se extendió la esperanza, un tanto ingenua, de conseguir atajar nuestro retraso histórico en lo relativo a la deficiencia en bibliotecas. Ni se invirtió lo suficiente por lo que respecta a las bibliotecas públicas ni la sociedad española generó una demanda de las mismas. A las puertas ya del tercer milenio la biblioteca universitaria continúa sin estar arropada por una tradición bibliotecaria y se enfrenta por el contrario a problemas ajenos a ella pero propios de nuestra sociedad y del momento histórico. Sigue siendo víctima de fuerzas centrífugas por la inhibición de los sucesivos equipos rectorales a la hora de impulsar y afirmar propuestas serias y arriesgadas que se requerirían para proceder a un auténtico cambio de concepción y utilización de las bibliotecas, pero nadie quiere asumir riesgos ni adoptar medidas que puedan restar votos cuando prima más el horizonte de una elección antes que intereses generales.

Sin duda alguna, la política universitaria se ha quedado completamente corta en relación con una realidad que sigue enseñando sus peligros:

a) El fantasma de la infrautilización de las bibliotecas, convertidas en salas de estudio para hacer los "deberes" o para preparar los "temarios" de oposición. Choca que esa práctica sea defendida desde muchas instancias, unas para resolver de hecho problemas casi de orden público, y otras basándose en una denominada realidad sociológica. ¿Pero quién se acuerda de esas personas que quisieran acudir a leer un libro o un periódico, a consultar una obra o a emprender una investigación? ¿Quién defiende sus derechos? ¿Está desterrándose de las bibliotecas a sus verdaderos habitantes? Reducida casi exclusivamente a ese papel, la biblioteca abdica de funciones superiores y pierde así el carácter mágico y cita del saber con el que muchos la habíamos identificado. Los recintos se encuentran ocupados, incluso sobreocupados, pero las bibliotecas pueden estar vacías.

b) La incertidumbre de la tecnología. Si ya desde los despachos o domicilios particulares se accede a un caudal impresionante de información y a los propios documentos, la biblioteca empezará a declinar en su función de principal depositaria y transmisora del saber. Y así vemos como se registran inversiones en las autopistas de la información y en todo lo relacionado con las nuevas tecnologías, y se postergan o anulan las inversiones (menos rentables políticamente hablando) en bibliotecas escolares o bibliotecas públicas, que constituyen el verdadero respaldo y vertebración de un sistema educativo y de una sociedad. El mundo académico español se ha destacado por su urgencia en implantar las nuevas tecnologías, una urgencia que contrasta con nuestro retraso en el mundo de las bibliotecas. ¿Por qué? Se puede avanzar una respuesta atendiendo a ciertas tendencias de comportamiento que también valen para el mundo universitario: las nuevas tecnologías sirven de coartada para disfrazar una comodidad y facilidad que se exige a todos los servicios a toda costa. Así ya no habrá que desplazar-se a la biblioteca y se podrá imprimir o grabar cuanta información se desee sin detectar previamente si interesa o no, como si con ello ya se hubiese asimilado su contenido o como si el proceso de las búsquedas y la suma de sus resultados constituyera una investigación. En una palabra, la biblioteca deja de ser una institución indispensable y además sería un testigo poco grato para quien trabaja de esa manera. A su vez las nuevas tecnologías de la información se convierten también en la coartada para no promover un cambio en la utilización de la biblioteca, porque aquellas personas que supuestamente deberían ser las más interesadas en acudir a las mismas, se abastecen principalmente de lo que les suministra su ordenador conectado a la red. La universidad queda así convertida en una retícula de celdas y sólo necesita una gestión administrativa. ¿Para qué ya la biblioteca?

Así pues las bibliotecas universitarias españolas tendrán que enfocar, además de los problemas de funcionamiento, organización o económicos, estas dos realidades que prefiguran un enorme vacío que convertiría las bibliotecas en inútiles.

Sin embargo a partir de unos principios, confirmados a la vista de las iniciativas y prácticas de

otros países, no parece desacertado apostar decididamente por la biblioteca como el ámbito propio de integración de las distintas fuentes del conocimiento, como el instrumento de cohesión de distintos colectivos, como el centro de convocatoria de personas, como la institución que asume en esta etapa de la sociedad de la información la orientación en el laberinto. Y desde luego en la universidad tendría que mantenerse como el núcleo y el pasillo de los estudios.

Toda esperanza que podamos depositar en la creación de nuevas bibliotecas o en el mantenimiento de las actuales; todos los esfuerzos sociales, políticos y científicos empeñados en el mismo objetivo y la misma esperanza dependen de algo previo: la transformación de una mentalidad, de unos hábitos, de un modelo de enseñanza, desde la primaria a la universitaria. Desde este convencimiento consideramos que el futuro de las bibliotecas universitarias en España está ligado al esfuerzo que los profesionales de las bibliotecas y los "adictos" a las mismas desarrollen, poniendo el énfasis en la "utilidad" de la biblioteca precisamente en la sociedad de la información y en la tarea de formación de profesionales y ciudadanos que le compete a la universidad. No deberíamos olvidar que es una tarea a muy largo plazo, que exige establecer alianzas con los sectores y grupos interesados en la biblioteca (profesores, estudiantes, intelectuales, profesionales, políticos...) así como con los profesionales de la bibliotecas públicas y de todo tipo de bibliotecas (Biblioteca Nacional, bibliotecas especializadas, bibliotecas privadas, etc). A falta de una tradición, las bibliotecas universitarias podrían ser los instrumentos de una transformación necesaria, porque política y financieramente gozan de una situación privilegiada y de ellas depende por lo tanto la responsabilidad de actuar como vanguardia.

De cara al futuro de las bibliotecas universitarias, todo planteamiento se va a ver enfrentado a un contraste dramático que hemos señalado: un gran avance técnico y material (1) (lo que atañe a locales, inversión en nuevas tecnologías y fondos bibliográficos, plantillas, etc) en coexistencia con actitudes, prácticas y hábitos de comportamiento, cuando menos disarmonicos. Este contraste define concretamente un problema muy general, de naturaleza casi histórica, la difícil sintonía entre el crecimiento de las bibliotecas universitarias

por mor de una demanda pública y la masificación pública que hipoteca ese "buen" crecimiento. Pese a todo, cabe pensar que el ritmo de crecimiento no va a decaer, aunque sólo sea por el revulsivo que está creando el Anuario estadístico de las bibliotecas universitarias y científicas españolas en algunos sectores de la comunidad universitaria, y porque desde luego la biblioteca es un excelente indicador cuantificable en la evaluación de universidades.

No obstante, la tendencia "natural" de crecimiento no va a solucionar por sí misma el reto ni corregir las disarmonías. Las soluciones, o por lo menos, las correcciones tendrían que proceder de una sociedad que tenga la capacidad de apostar por una educación no meramente administrativa y unos valores auténticamente democráticos. En el campo estrictamente bibliotecario una aportación decisiva puede venir de la cooperación bibliotecaria (Rebiun, Documat, Ruedo, etc), de las Conferencias de directores de bibliotecas universitarias y científicas españolas o de iniciativas como el Consorci de Biblioteques Universitaries de Catalunya. Pero si el objetivo se reduce exclusivamente a mejorar "gestión" y "servicios" -como exigen actualmente una sociedad y unas

autoridades académicas y gobernantes, que sólo atienden a "resultados" y "eficacia"-, nos habremos olvidado en ese camino de lo que es una biblioteca. De todos modos, es de esperar que el resultado general de esta aportación no se perfile exclusivamente como perspectiva técnica, y sea capaz de estimular el nacimiento y desarrollo de auténticos foros que asuman el riesgo de una reflexión ideológica sobre el papel, la función y los fines de las bibliotecas universitarias en el seno de una sociedad democrática.

Puede parecer ingenuo plantear tal exigencia pero quizás deberíamos asumir que sin ella sólo tendríamos, en el mejor de los casos, una bella fachada y una buena organización. Pero la Biblioteca es justamente lo que comienza a partir de ese umbral.

Nota

1 ANGLADA I DE FERRER, Lluís y TALADRIZ MAS, Margarita: "Pasado, presente y futuro de las bibliotecas españolas universitarias", en:

Arbor, 617-618, mayo-junio 1997, p. 65-88

